

# La noción de quiebra de civilización: de Joseph Conrad a Norbert Elias

Lucía Martí Mengual  
quehaceslu@gmail.com

Me propongo reflexionar a partir de una obra literaria escrita y publicada en un momento particularmente estratégico de nuestra historia, de una importancia decisiva para comprender la conformación del mundo contemporáneo: *El corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad. Y lo haré desde el punto de vista de la antropología filosófica, que entiendo como una mirada atenta a la reflexión sobre el ser humano que el texto plantea. Desde esta perspectiva, el acento no recaería tanto sobre un determinado tipo de conocimientos especializados cuanto sobre cierta forma de mirar, de interrogar a los textos (y también a otros productos culturales) procedentes de los más diversos ámbitos.

Respecto tal forma de mirar, en la cual la actitud crítica desempeña un papel clave, los textos literarios y, en particular, la novela, ocupan un lugar destacado. La novela es un tipo de discurso que por sus peculiaridades enriquece la reflexión filosófica y resulta especialmente interesante en relación con las cuestiones antropológicas, pues la plurivocidad y ambigüedad que le son características constituyen un desafío que nos invita a repensar las cosas bajo otros puntos de vista. Como bien ha señalado Milan Kundera, en la novela se dan cita «el espíritu de la complejidad» y «la sabiduría de la incertidumbre»,<sup>1</sup> que estimulan nuestra capacidad crítica en un mundo tendente a la reducción y a la simplificación: «El espíritu de la novela es el espíritu de la complejidad. Cada novela dice al lector: “Las cosas son más complicadas de lo que tú crees”. Esa es la verdad eterna de la novela que cada vez se deja oír menos en el barullo de las respuestas simples y rápidas que preceden a la pregunta y la excluyen.»<sup>2</sup>

*El corazón de las tinieblas* nos proporciona una ocasión privilegiada para reflexionar acerca de la crisis de dos ideas de raigambre ilustrada que han desem-

1. Milan KUNDERA: *El arte de la novela*, Barcelona, Ed. Tusquets, 1987, pp. 17-18.

2. *Ibid.*, p. 29.

peñado un papel central en la autocomprensión de las sociedades europeas: la idea de civilización y la idea de progreso. Primeramente, la peculiar plurivocidad de la novela, así como la compleja óptica de su personaje principal, la hacen especialmente interesante en relación con esto último. Pues la imbricación de voces que conforma el relato (entre las cuales destaca la compleja perspectiva del propio Marlow) y la multiplicidad de planos en los que se desarrolla la historia nos permiten considerar, por un lado, la vigencia de tales ideas en la época colonial, al mismo tiempo que, por otro lado, vemos cómo se perfila en paralelo el cuestionamiento de las mismas. Un cuestionamiento que anticipa el que se producirá de modo más intenso y generalizado a raíz de las dos conflagraciones mundiales del siglo XX. Pero, además, la novela de Conrad nos permite abordar la crisis de estos dos valores característicos de la Europa decimonónica en una doble dimensión. Por un lado, desde el punto de vista histórico, la novela nos ofrece un retrato bastante fiel de la dominación colonial, mostrándonos la cara más cruel y despiadada del optimismo civilizador que se respiraba en las metrópolis europeas al calor de la industrialización. No obstante, esta dimensión histórica está atravesada por una reflexión de carácter más general en torno a la fragilidad de la civilización que va cobrando fuerza a medida que avanza el relato. Es precisamente esta última dimensión del relato la que nos ocupará en lo que sigue y nos llevará a considerar, en interrelación con la perspectiva histórica anterior, el paralelo entre la panorámica que nos ofrece el relato de Conrad y el par de conceptos, civilización/quiebra de civilización, desarrollados por Norbert Elias en su obra temprana y tardía respectivamente.<sup>3</sup>

Como he señalado, podemos distinguir una doble dimensión en la novela. Esta doble dimensión se corresponde con bastante precisión con los dos principales tramos del viaje de Marlow, a saber, el viaje desde Europa hasta su llegada a la Estación Central de la Compañía en África y el trayecto remontando el río Congo hasta la Estación Interior en la que aguarda Kurtz. El propio Conrad, consagró dos escritos personales diferentes a estas dos etapas de su periplo hacia y a través del Congo: el «Diario del Congo» y el «Cuaderno de río arriba».<sup>4</sup> No obstante, es en la novela en la que verdaderamente se marca esa doble dimensión y se juega con ella. Pues, en cuanto a las diferencias entre estos dos escritos personales de Conrad, destaca sobre todo la mayor precisión geográfica del segundo respecto del primero. Mientras que, en la ficción, el contraste entre una y otra parte del trayecto viene marcado, ya de entrada, por las descripciones más realistas de la primera en comparación con el tono más evocador de la segunda. Lo cual podría constituir un buen ejemplo en contra de aquellos que han tratado de reducir la significación de la novela a su sustrato biográfico. Este contraste entre el tono de

3. Me refiero en concreto a *El proceso de civilización*, publicado por primera vez en 1939 y a *Los alemanes*, publicado por primera vez en 1989.

4. Joseph CONRAD: «Diario del Congo» y «Cuaderno de río arriba», en J. CONRAD: *El corazón de las tinieblas*, Barcelona, Ed. Mondadori, Colección Grandes Clásicos, Barcelona, 2009, pp. 165-219.

las descripciones en el primer tramo del viaje de Marlow y las del segundo tramo, por cierto, queda muy bien reflejado en *Apocalypse now*, la película que Coppola realizó basándose en la novela de Conrad. Ahora bien, lo que resulta interesante, teniendo en cuenta el tema que aquí nos ocupa, es que esas dos dimensiones que acabamos de señalar tienen como efecto una doble vertiente en la crisis de las ideas de raigambre ilustrada (de civilización, racionalidad y progreso) que queda reflejada en el texto. De tal modo que, en un primer momento, asistimos a un cuestionamiento de las mismas desde un punto de vista que podríamos denominar histórico-político, en la medida en que lo que se critica es el uso que de las mismas se hizo para justificar la colonización. Mientras que, en la segunda parte de la novela, la crisis de estas ideas se nos da a ver a través de una mirada, por decirlo de algún modo, antropológico-filosófica, pues lo que está en juego es la concepción de ser humano implícita en esa ideología que sirvió de legitimación de la colonización. Por decirlo de forma concisa, por un lado, en la novela se pone de manifiesto que esas ideas son falaces en la medida en que sirvieron para justificar algo (la colonización) que se contradecía abiertamente con las mismas, y, por otro lado, se nos muestra que esas ideas son falaces en sí mismas ya que se corresponden con una concepción del ser humano que las situaciones límite (y el colonialismo lo es en más de un sentido) muestran equivocada. Es precisamente en esta segunda dimensión de la crisis de civilización que se da a ver en el texto, principalmente en la segunda parte del mismo, en la que nos vamos a centrar en lo que sigue, considerando a tal efecto los pasajes que relatan el ascenso río arriba hasta Kurtz y el papel de este personaje en la historia que nos cuenta Marlow.

De hecho, es a partir de este momento de la historia (con el comienzo del viaje remontando el río), cuando adquiere un mayor protagonismo el personaje de Kurtz y, asimismo, cada vez cobra más importancia la atmósfera en medio de la cual el frágil vapor capitaneado por Marlow avanza hasta el lugar en el que aquél aguarda enfermo, en el último tramo navegable del río. En relación con este último aspecto, resultan significativos los abundantes pasajes en los que las descripciones de Marlow de la indómita naturaleza circundante adquieren el tono de un regreso a un pasado remoto. La narración del viaje río arriba se produce según esa pauta descriptiva desde el comienzo: «Remontar aquel río», les dice Marlow a sus compañeros del *Nellie* que escuchan su historia, «era como volver a los inicios de la creación cuando la vegetación estalló sobre la faz de la tierra y los árboles se convirtieron en reyes.»<sup>5</sup> Ahora bien, la naturaleza no es lo único que parece pertenecer a esos primeros tiempos. Los nativos de los poblados cercanos a la estación de Kurtz son descritos como una amalgama de gritos y movimientos exaltados que se confunde con ese entorno natural ancestral:

5. Joseph CONRAD: *Heart of Darkness*, Nueva York, Norton Critical Edition, 2006, p. 33. Versión castellana: *El corazón de las tinieblas*, Barcelona, Ed. Mondadori, 2006, traducción de Sergio Pitol y traducción de Miguel Temprano García para la colección Grandes Clásicos Mondadori, 2009.

...de pronto, cuando luchábamos para cruzar un recodo, podíamos vislumbrar unos muros de juncos, techos de hierba puntiagudos, un estallido de gritos, un revuelo de músculos negros, una multitud de manos que palmeaban, de pies que pateaban, de cuerpos en movimiento, de ojos furtivos, bajo la sombra de pesados e inmóviles follajes. El vapor se movía lenta y dificultosamente al borde de un negro e incomprensible frenesí. ¿Nos maldecía, nos imprecaba, nos daba la bienvenida el hombre prehistórico? ¿Quién podría decirlo? (...) No podíamos entender porque nos hallábamos muy lejos, y no podíamos recordar porque viajábamos en la noche de los primeros tiempos, de esas épocas ya desaparecidas que dejan con dificultades alguna huella... pero ningún recuerdo.<sup>6</sup>

Muchos autores se han encargado de subrayar la visión discriminatoria y reduccionista para con los africanos implícita en pasajes de este estilo.<sup>7</sup> Y, en efecto, no cabe duda de que esa es una de las notas distintivas de fragmentos que van en la línea del que acabamos de citar. Es cierto que, aunque, desde el principio, la novela pone el dedo en la llaga por lo que respecta a la brutalidad de la colonización, no por ello deja en ocasiones de caer en reducciones simplificadoras de la alteridad cultural, asumiendo de forma acrítica los tópicos de la época. Por ejemplo, en la caracterización de los nativos como una masa uniforme carente de individualización o en la atribución a éstos de unas costumbres y una mentalidad primitivas que los sitúan por debajo del civilizado en cuanto a sus capacidades cognoscitivas y a su eficiencia técnica. No obstante, esta visión es excesivamente obvia y resulta parcial, cosa que se pone de manifiesto si atendemos al reverso que esta mirada hacia ese entorno primitivo y salvaje tiene en los europeos civilizados.

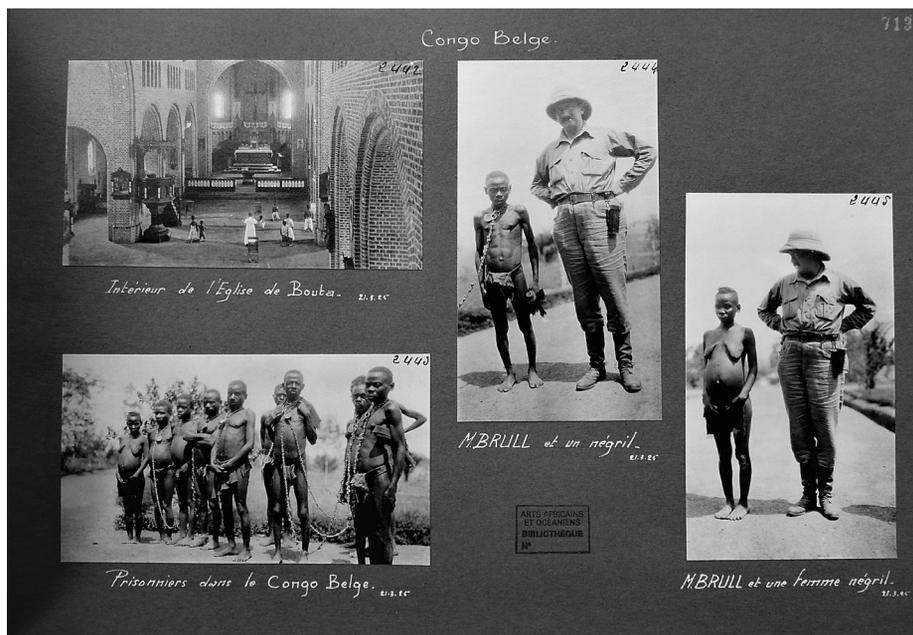
Las descripciones, en la línea del pasaje que se acaba de citar, de ese denso misterio originario que se cierne sobre Marlow y el resto de la tripulación que navega hacia la Estación Interior se alternan constantemente con descripciones que subrayan la fragilidad del barco en el que viajan. Marlow insiste en la inestabilidad y precariedad del vapor que ha de conducirles hasta Kurtz, cuyos agujeros en el casco ha de tapar continuamente para que no se hunda. La sensación de inseguridad que impregna su relato contrasta con el ambiente de seguridad en el que está anclada la existencia de los oyentes del *Nellie*, hasta tal punto que, en más de un momento, el flujo narrativo de Marlow se detiene y éste interpela directamente a sus compañeros que escuchan la historia en silencio:

Nunca lo entenderéis. ¿Cómo podríais entenderlo, teniendo como tenéis los pies sobre un pavimento sólido, rodeados de vecinos amables siempre dispuestos a agasajaros o auxiliarnos, caminando delicadamente entre el carnicero y el

6. *Ibid.*, pp. 35-36.

7. Cf. principalmente Chinua ACHEBE: «An Image of Africa: Racism in Conrad's *Heart of Darkness*», en Joseph CONRAD: *Heart of Darkness*, Nueva York, Norton Critical Edition, 2006, pp. 336-349. Versión corregida de la segunda Chancellors's Lecture pronunciada en la Universidad de Massachusetts (Amherst), en febrero de 1975, y posteriormente publicada en *Massachusetts Review*, vol. 18, n.º 4 (invierno de 1977).

policía, viviendo bajo el santo terror del escándalo, la horca y los manicomios? ¿Cómo poder imaginar entonces a qué determinada región de los primeros siglos pueden conducir los pies de un hombre libre en el camino de la soledad, de la soledad extrema donde no existe policía, el camino del silencio, del silencio extremo donde jamás se oye la advertencia de un vecino generoso que se hace eco de la opinión pública? Estas pequeñas cosas pueden constituir una enorme diferencia. Cuando no existen se ve uno obligado a recurrir a su propia fuerza innata, a su propia integridad.<sup>8</sup>



• Página del álbum de fotos de La Croisière Noire, Expedición Citroën 1925.

Este pasaje resulta especialmente significativo desde dos puntos de vista. Por un lado, por la noción de civilización que en él se plantea, y, por otro, porque constituye un avance de la transformación que sufrirá el personaje central de la novela (Kurtz), la cual será clave de cara a dar cuenta del cambio de óptica que el viaje suscita en el protagonista: Marlow.

Por lo que respecta al primer aspecto, la concepción de la civilización que Marlow plantea aquí ya había sido esbozada por Conrad en *Una avanzadilla del progreso*, esa otra parte, «más liviana», del «botín»<sup>9</sup> que extrajo del interior de África. En este cuento los dos avanzados del progreso, Kayerts y Carlier, se nos presentan del siguiente modo:

8. Joseph CONRAD: *Heart of Darkness...*, p. 114.

9. Joseph CONRAD: «Nota del autor» a *Cuentos de inquietud*, Madrid, Ed. Valdemar, 2002, p. 12.

Eran dos individuos del todo insignificantes e ineptos, de ésos cuya existencia es posible únicamente dentro de la perfecta organización de las muchedumbres civilizadas. Pocas personas comprenden que sus vidas, la esencia misma de su carácter, sus capacidades y sus audacias, son mera expresión de su fe en la seguridad de su entorno. Valor, compostura, serenidad, emociones y principios, todo pensamiento grande o pequeño, no son del individuo sino de la masa: de la masa que cree ciegamente en la fuerza irresistible de sus instituciones y de su moral, en el poder de su policía y de su opinión.<sup>10</sup>

Lo que me parece importante destacar de estos pasajes, de cara a abordar el giro que ilustra la figura de Kurtz, es que la concepción de la civilización que late en los mismos concuerda a grandes rasgos con la idea básica que articula la reflexión que en torno a dicha noción desarrolló Norbert Elias en *El proceso de civilización*. La obra de Elias es extensa y está llena de matices. No obstante, en su descripción del proceso de civilización el autor alemán apunta en una dirección muy similar a la que apunta Conrad cuando, por boca de Marlow, se refiere a esos «vecinos amables» que, «caminando delicadamente entre el carnicero y el policía, viviendo bajo el santo terror del escándalo, la horca y los manicomios», «se hacen eco de la opinión pública». Y esa dirección es la que entiende el proceso de civilización como una progresiva introyección de las coacciones sociales que, limitando y regulando nuestros instintos, posibilita la constitución de un ambiente de seguridad. Precisamente esos instintos, esa «fuerza innata» a la que apela Marlow, nos llevan al segundo elemento que aparece en el pasaje anterior sobre el que quisiera detenerme.

En esta ocasión, al hacer referencia a la «fuerza innata», Marlow no la atribuye a los nativos (como en los otros pasajes del texto en los que destaca su plenitud vital y su fuerza primigenias), sino a Kurtz, completamente aislado del mundo civilizado en la remota Estación Interior, y a él mismo, a Marlow, que, siguiendo el rastro de éste último está sufriendo un proceso análogo de extrañeza de las costumbres civilizadas. Lo que de este modo se subraya en la novela es que, en condiciones extremas de aislamiento y soledad, cuando, habiéndonos alejado de lo conocido y familiar, desaparece la presión de nuestro entorno social que nos indica cómo hemos de comportarnos y qué principios hemos de respetar, los límites espacio-temporales se difuminan: aquello que creíamos haber dejado atrás en un pasado remoto y que situábamos fuera de nosotros vuelve a resurgir en nuestro interior. Así pues, los pasajes, como el que hemos citado más arriba, en los que se subraya la distancia insalvable que parece separar al civilizado de los primitivos se alternan con otros que, en línea con este fragmento en el que Marlow apela a la «fuerza innata», actúan de contrapunto, es decir, pasajes en los que esta distinción se difumina. En estos momentos la distancia que se subraya

10. Joseph CONRAD: *An Outpost of Progress*, Cáceres, Universidad de Extremadura, p. 17.

ya no es la que separa al civilizado de los salvajes que le rodean sino, más bien, la que se da entre la vida segura y estable de los oyentes de Marlow en la metrópoli y la experiencia vivida por éste en el Congo. Esta distancia hace que, en muchas ocasiones, como en el pasaje al que aquí nos referimos, Marlow sienta que no puede transmitir su experiencia y que su audiencia es incapaz de entenderle. Las dificultades que tiene Marlow para contar su historia vienen a subrayar ese contraste que atraviesa la novela en progresión ascendente: de un lado, la solidez del barco en el que los marinos retirados escuchan a Marlow como metáfora de la seguridad que se respira en la metrópoli civilizada, del otro, la inseguridad y el desasosiego que experimenta éste último al seguir los pasos de Kurtz en el vapor destartado siempre a punto de desmembrarse y diluirse en ese entorno primitivo. El barco al borde del colapso se traduce así en una metáfora de la pérdida de sentido, en la medida en que todas las seguridades y esquemas previos que sustentan la actividad de la Compañía y la vida en la metrópoli, así como aquéllas en las que se basaba el propio viaje de Kurtz y de Marlow, se tambalean quedando al descubierto su fragilidad. La relación de contrapunto que se da entre estos dos diferentes espacios de significación es clave para entender la ambivalencia del personaje de Kurtz. Es por ello que resulta fundamental considerar cómo este contraste resignifica los términos de la dicotomía civilización/salvajismo. Pues, como acabamos de apuntar, lo importante es que la crisis o ruptura que reflejan estos personajes se produce a través de una experiencia de pérdida de los límites espacio-temporales, en la que, por decirlo de algún modo, lo que era otro y diferente de nosotros por estar situado en los confines de los espacios civilizados, y lo que situábamos en un pasado ya superado por nuestra civilización, aparece como una parte de nosotros mismos:

La tierra no parecía la tierra. Nos hemos acostumbrado a verla bajo la imagen encadenada de un monstruo conquistado, pero allí... allí podía vérsela como algo monstruoso y libre. Era algo no terrenal, y los hombres eran... No, no se podía decir inhumanos. Era algo peor, sabéis, esa sospecha de que no fueran inhumanos. La idea surgía lentamente en uno. Aullaban, saltaban, se colgaban de las lianas, hacían muecas horribles, pero lo que en verdad producía estremecimiento era la idea de su humanidad, igual que la de uno, la idea del remoto parentesco con aquellos seres salvajes, apasionados y tumultuosos. Feo, ¿no? Sí, era algo bastante feo. Pero si uno era lo suficientemente hombre debía admitir precisamente en su interior una débil traza de respuesta a la terrible franqueza de aquel estruendo, una tibia sospecha de que aquello tenía un sentido en el que uno –uno, tan distante de la noche de los primeros tiempos- podía participar. ¿Por qué no? La mente del hombre es capaz de todo, porque todo está en ella, tanto el pasado como el futuro. ¿Qué había allí, después de todo? Alegría, miedo, tristeza, devoción, valor, cólera... ¿Quién podía saberlo?... Pero había una verdad, una verdad desnuda de la capa del tiempo.<sup>11</sup>

11. Joseph CONRAD: *Heart of Darkness...*, p. 36.

Como he señalado, el personaje de Kurtz es ambivalente en la medida en que su trayectoria ilustra la doble vertiente de la idea de civilización que se apunta en los pasajes anteriores: de un lado, la cara luminosa, la ilusión de firmeza y seguridad y el optimismo que ésta genera, del otro, el aspecto sombrío, la fragilidad y precariedad de la civilización que queda al descubierto en las situaciones límite. Por una parte, Kurtz ejemplifica de forma privilegiada los principales rasgos de la autocomprensión de la Europa civilizada. El propio Marlow les dice a sus oyentes que «Toda Europa contribuyó a crear a Kurtz.»<sup>12</sup> Asimismo, su formación y las actividades a las que se dedicaba también refuerzan el hecho de que represente a la Europa civilizada: se nos dice de él que era, entre otras cosas, pintor, músico, periodista y un gran orador. Además, Kurtz no sólo es el más eficaz de los agentes de la compañía dado que recoge más marfil que todos los demás juntos, sino que la confianza firme en la civilización y el progreso constituye el eje central que articula los planes que, en un principio, pretendía llevar a cabo en el Congo. Estos ideales de Kurtz aparecen plasmados en el escrito que, según nos cuenta Marlow, éste elaboró a modo de guía para «La Sociedad para la Eliminación de las Costumbres Salvajes». Los fragmentos que Marlow recupera de dicho texto nos remiten a la perspectiva de personajes como el de la tía de Marlow (con su equivalente de Cayerts y Carlier en *Una avanzada del progreso*). Esta perspectiva no es otra que la de la visión benevolente y optimista de la colonización en tanto que misión civilizadora, de la cual se sirvió el rey Leopoldo II para justificar su dominio en el Estado Independiente del Congo ante el resto de potencias occidentales que tenían intereses en la zona.<sup>13</sup> De hecho, las palabras de éste último ante la Conferencia Geográfica Africana en 1876 han terminado por ser emblemáticas a la hora de ilustrar el imaginario imperialista y la visión de la colonización como una cruzada al servicio de la civilización y el progreso: «El objetivo que nos reúne hoy es del tipo de los que merecen que se ocupen en primerísimo lugar los *amigos de la humanidad*. Abrir a la *civilización* la única parte de nuestro globo donde todavía no se ha penetrado, *penetrar las tinieblas* («*percer les ténèbres*») que penden sobre pueblos enteros, es, me atrevería a decir, una *cruzada* digna de este siglo de *progreso*.»<sup>14</sup> Ya desde el principio se apunta que las esperanzas de Kurtz van en esa dirección a través del eco de sus palabras que resuena en una conversación entre dos agentes comerciales que Marlow escucha por casualidad. Pues bien, lo que ahí encontrábamos tangencialmente expresado aparece posteriormente plasmado con claridad en el manuscrito al que acabamos de referirnos:

Empezaba desarrollando la teoría de que nosotros, los blancos, desde el punto de evolución al que hemos llegado «debemos por fuerza parecerles a ellos (los

12. *Ibid.*, p. 49.

13. Adam HOCHSCHILD: *El fantasma del rey Leopoldo*, Barcelona, Ed. Península, 2002, p. 80. La cursiva es mía.

14. Citado en Nicolás SÁNCHEZ DURÁ: «Gauguin, Conrad y Leiris, un episodio en la invención de la identidad del primitivo», en Vicente SANFÉLIX VIDARTE (ed.): *Las identidades del sujeto*, Valencia, Ed. Pretextos, 1997, pp. 115-139

salvajes) seres sobrenaturales: nos acercamos a ellos revestidos con los poderes de una deidad» y otras cosas por el estilo... «Por el simple ejercicio de nuestra voluntad podemos ejercer un poder para el bien prácticamente ilimitado», etc., etc. Ese era el tono; (...) Me dio la noción de una inmensidad exótica gobernada por una benevolencia augusta.<sup>15</sup>

Sin embargo, por otra parte, la figura de Kurtz también ilustra en qué se pueden llegar a transformar esos nobles y, en apariencia, sólidos ideales cuando uno se aleja del ambiente seguro que se respira «dentro de las muchedumbres civilizadas» y entra en «contacto con el salvajismo sin atenuaciones.»<sup>16</sup> Pues, en el reinado del terror que éste parece haber instaurado en el interior de la selva, los altruistas propósitos morales que guiaban en un principio su andadura se han desvanecido ante su codicia de marfil y la afirmación sin escrúpulos de su dominio. Al final, la afirmación irrefrenable de su poder prevalece sobre las ideas de civilización y progreso en las que se basaba el citado manuscrito para «La Sociedad para la Eliminación de las Costumbres Salvajes», tal y como ilustra la abrupta inscripción hecha a posteriori que aparece al final del escrito: «Exterminate all the brutes!»<sup>17</sup>

Desde mi punto de vista, el sentido que le demos a la novela depende en gran medida de la forma en que interpretemos este cambio de Kurtz que ilustra la superposición de diferentes momentos de escritura del manuscrito, o, por decirlo de otro modo, en cómo articulemos la bisagra que une ambos rostros del personaje. El propio Conrad parece proporcionarnos alguna pista al respecto en *Una avanzadilla del progreso*. El texto que sigue es, además, precisamente la continuación del pasaje de este relato citado más arriba para ilustrar la idea de Marlow de la (falsa) seguridad que se genera en los ambientes civilizados. En referencia a esos individuos «cuya existencia es posible únicamente dentro de la perfecta organización de las muchedumbres civilizadas», el narrador prosigue:

Mas el contacto con el salvajismo sin atenuaciones, con la naturaleza primitiva y el hombre primitivo, desencadena repentino y hondo trastorno en su corazón. Al sentimiento de estar aislado de los congéneres, a la percepción nítida de la soledad de los pensamientos y sensaciones propios, a la desaparición de lo habitual, que es lo seguro, se une la aparición de lo inhabitual, que es lo peligroso: una intuición de cosas vagas, indomeñables y repulsivas, cuya intromisión turbadora desboca la imaginación y pone a prueba los civilizados nervios, así de necios como de sabios.<sup>18</sup>

15. Joseph CONRAD: *Heart of Darkness...*, p. 50.

16. Joseph CONRAD: *An Outpost of Progress...*, p. 17.

17. *Ibid.*, p. 50.

18. *Ibid.*, p. 17.



• Segou, Mali. Los muelles, escaleras sobre el Níger, circa 1920-39, anónima.

Indicios de este tipo, que tienen su paralelo en *El corazón de las tinieblas*, son los que han inducido a varios autores a interpretar el personaje de Kurtz a partir del tópico colonial de «going native». En la época, un lugar común para referirse a la transformación que puede desencadenar la inmersión en un entorno salvaje y el alejamiento del mundo civilizado era la expresión «going fantee» o, tal y como aparecía en la entrada del *Deutsches Koloniallexikon* (dirigido en 1920 por el gobernador alemán en África, Heinrich Schnee), «Verkafferung», es decir, «hacerse nativo». Expresión que se utilizaba para advertir del peligro de una regresión del europeo a un estadio evolutivo inferior, ya superado por las sociedades civilizadas, como consecuencia de una especie de contagio o contaminación de salvajismo nativo, desencadenado por una relación demasiado estrecha con las poblaciones autóctonas, especialmente cuando ésta era de tipo sexual.<sup>19</sup> De hecho, la insistencia de Conrad en «el contacto con el salvajismo sin atenuaciones, con la naturaleza primitiva y el hombre primitivo» y en la alienación de la condición de civilizado, tanto por lo que respecta a Kurtz como a Kayerts y Carlier, parece apuntar en esta dirección. Además, no hemos de olvidar que una de las formas que Conrad tiene de subrayar la asimilación de Kurtz en la tribu de aborígenes de la que parece haberse convertido en líder es haciéndonos saber que tiene una amante nativa.

19. Vid. Enzo TRAVERSO: *La violencia nazi. Una genealogía europea*, Buenos Aires, Ed. FCE, 2003, pp. 63-64.



- a). El Che Guevara en Cuba, después de cambiar su fisonomía, tal como partió para organizar la guerrilla en el Congo tras el asesinato del presidente Lumumba, 1965.
- b). El Che, junto a Mulele y Gizenga, explicando la zona de operaciones de la guerrilla en el interior de la selva congoleña en apoyo de Kabila, 1965.

Sin embargo, hay autores<sup>20</sup> que se inclinan por una interpretación de este personaje que, pese a estar conectada con la anterior, es más sutil y no peyorativa con respecto a los nativos. Desde este otro punto de vista, lo significativo de esta figura del europeo que se hace nativo es que Conrad aquí, a través del personaje de Kurtz, la utilizaría, en vez de para advertir de los peligros de un contacto excesivo con las poblaciones autóctonas, para resaltar, a través de la conexión entre el civilizado y el primitivo, la fragilidad de la civilización y la inexorabilidad de ese fondo pulsional del ser humano que aflora en las situaciones límite. Una fragilidad de la que, por las palabras con las que Bertrand Russell, gran admirador de Conrad, describió la visión de la civilización de éste último, hemos de deducir que era especialmente consciente el autor de *El corazón de las tinieblas*: «Sentí ... que él consideraba la vida humana civilizada y moralmente tolerable como un peligroso paseo sobre una fina corteza de lava apenas enfriada que en cualquier momento podía resquebrajarse y sumergir al incauto en ardientes profundidades.»<sup>21</sup>

De este modo, lo que se pondría de manifiesto con el personaje de Kurtz es que el fondo pulsional del ser humano puede imponerse sobre los frágiles y precarios diques de la civilización. Por tanto, a través de esta figura ambivalente, Conrad pondría en cuestión la idea de que el hombre civilizado ha domesticado ese fondo pulsional de una vez por todas y para siempre y que es sólo en el pasado y en los otros, en la medida en que éstos reflejan nuestro pasado, dónde aún conserva su fuerza. Ese fondo pulsional compartido que no podemos erradicar y que, por tanto, constituye el fondo irreductible de la propia civilización, aunque

20. Por ejemplo, Nicolás SÁNCHEZ DURÁ: «Gauguin...», pp. 115-139. También apunta en esta dirección, Robert HAMPSON: «Frazer, Conrad and the «truth of primitive passion»», en Robert Frases (ed.), *Sir. James Frazer and the literary imagination. Essays in affinity and influence*, Nueva York, St. Martin's Press, 1991, pp. 176-177

21. Bertrand RUSSELL: *Portraits from Memory*, Londres, Allend und Unwin, 1956, p. 82. Cit. en Joan BESTARD: «Conrad y Malinowski: la herencia polaca y el dilema cosmopolita», en *Planeta Kurtz*, Barcelona, Ed. Mondadori, 2002, p. 69.

por el momento sólo haya hecho aparición explícita en los confines de la misma, es precisamente «la verdad desnuda de la capa del tiempo»<sup>22</sup> a la que Marlow hacía referencia en el pasaje citado más arriba. Se entiende con ello que el Támesis no sólo «ha sido uno de los lugares oscuros de la tierra»<sup>23</sup> en un pasado remoto, tal y como les recuerda Marlow a sus compañeros del *Nellie* al comienzo de su relato, sino que sigue siendo un lugar oscuro en el presente, y precisamente con esa imagen termina la novela: un día nublado en el sombrío estuario del Támesis.

Así pues, el salvajismo de Kurtz no nos hablaría tanto de una contaminación de salvajismo nativo, cuanto de algo que ya estaba ahí latiendo en el fondo del civilizado y que se desata, con el debilitamiento de las constricciones sociales, para aparecer en toda su crudeza.

Es cierto, como hemos tenido ocasión de comprobar, que la contraposición civilización/salvajismo que se establece en el texto acaba por ser una de esas «oposiciones auto-disolventes»<sup>24</sup> a las que hace referencia Robert Hampson. Ahora bien, yo considero que el texto de Conrad va más allá. Como ha señalado, Rüdiger Safranski, las líneas interpretativas de este tipo captan aspectos presentes en la novela pero no dan con buena parte de su peculiaridad.

Desde mi punto de vista, lo interesante no es leer la historia exclusivamente desde el tópico colonialista del «hacerse nativo», esto es, pensar que los instintos salvajes de Kurtz se desatan o despiertan a causa de su contacto con el salvajismo de los nativos africanos, sino que lo interesante es leer la figura de Kurtz en el contexto general de la historia que se cuenta en *El corazón de las tinieblas*. Es decir, considerar que el viaje a los confines de la civilización, a esas fronteras en las que ésta pretende serles impuesta a los otros, pone de manifiesto el fondo oscuro y violento de la misma. Un fondo que ésta cree haber erradicado y haber dejado atrás en un pasado remoto, del mismo modo que cree tener la misión de hacerlo desaparecer en el resto del mundo aún por civilizar, constituyendo esto último su principal argumento de conquista y dominio. En este sentido, considero que la novela va más allá de la equiparación entre el primitivo y el civilizado, al estilo de la señalada por Robert Hampson al considerar los puntos de conexión entre Conrad y Frazer. En efecto, éste último hace referencia, en un tono asombrosamente similar a las palabras de Bertrand Russell, a «la permanente existencia de una sólida capa de salvajismo debajo de la superficie de la sociedad», una capa que en cualquier momento puede emerger quebrando la fina corteza que la mantiene.<sup>25</sup> Ahora bien, la novela parece ir más lejos en la medida en que en ella la continuidad entre el salvaje y el civilizado se da a ver a través de una crítica de la colonización en la que se pone de relieve el peculiar salvajismo de la civilización.

22. Joseph CONRAD: *Heart of Darkness...*, p. 36.

23. *Ibid.*, p. 5.

24. Robert HAMPSON: «Frazer...», p. 172.

25. *Ibid.*, pp. 176-177.

Además, el horror de Kurtz, como veremos en lo que sigue, es específicamente civilizado, pues nos habla de «las paradojas de la Edad Moderna».<sup>26</sup>

En primer lugar, me parece importante destacar la iluminación de cierto aspecto de la figura de Kurtz que puede surgir, si la consideramos teniendo en cuenta el principio de la novela *El africano* de J. M. G. Le Clézio. En estos primeros pasajes observamos una insistencia por parte del narrador en la atracción de la sabana, de la naturaleza salvaje, y en la conciencia de la libertad suscitada por la experiencia de esa vasta inmensidad sin límites, así como por el contraste entre el ritmo y las posibilidades de la vida en el África negra y la vida en Europa. Hasta tal punto que se llega a trazar una distinción entre el salvajismo de los colonos, un salvajismo consciente de ese contraste y de esa nueva libertad, y la forma de vida de los nativos:

Nos sentíamos llenos de fuerza... una especie de posesión que nos inspiraba la extensión de la sabana, la proximidad de la selva, el furor del cielo y las tormentas. (...) Nosotros éramos salvajes como jóvenes colonos, seguros de nuestra libertad, nuestra impunidad, sin responsabilidades y sin mayores. (...). Creo que desde ese entonces no volví a sentir semejante entusiasmo. Semejante necesidad de calcular y de dominar. Era un momento de nuestras vidas, sólo un momento, sin ninguna explicación, sin pesar, sin futuro y casi sin memoria.<sup>27</sup>

Como he señalado, en buena parte de la crítica sobre *El corazón de las tinieblas* se da por supuesto que la figura de Kurtz representa un caso de «nativización». No obstante, pese a la insistencia de Conrad en la invasión de la selva que posee a Kurtz y también en esa fuerza sin trabas que representan los nativos, el salvajismo de Kurtz parece ser distinto del de estos últimos. En buena medida, por su refinamiento,<sup>28</sup> pero, sobre todo, y esto está relacionado con dicho refinamiento, porque éste último tiene que ver con la conciencia de la propia libertad en un sentido radical, con la conciencia de la ausencia de restricciones, de la inexistencia de límites socio-culturales que puedan poner freno a la satisfacción de sus apetitos. Esto conecta con la idea de Rüdiger Safranski de Kurtz como figura en la que se da a ver la relación entre el mal y la conciencia de la contingencia. Uno de los pasajes más emblemáticos de la novela es cuando, ya de regreso, Kurtz, al borde de la muerte, hace partícipe a Marlow de sus últimas confesiones. Según nos cuenta Marlow, el otrora emprendedor agente comercial, en un «momento supremo de total lucidez», exhala su último suspiro emitiendo «un juicio sobre las aventuras de su espíritu en esta tierra» que consiste en el famoso grito final: «¡El horror! ¡El

26. Milan KUNDERA: *El arte de la novela...*, p. 22.

27. Jean-Marie Gustave LE CLÉZIO: *El africano*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora, 2008, pp. 34-36.

28. «No quiero saber nada de las ceremonias realizadas para acercarse al señor Kurtz», grité... yo me sentía de pronto transportado a una región oscura de sutiles horrores...» J. CONRAD: *Heart of Darkness...*, p. 58.

horror!»<sup>29</sup>. Según Safranski, el horror de Kurtz es un *horror vacui*. El horror ante la comprensión, alcanzada por este personaje, de que ese entorno natural salvaje carece de sentido vinculante, de que le es indiferente lo que hagamos o dejemos de hacer, de tal modo que no nos condiciona en ningún sentido, nos sabemos en completa ausencia de cualquier tipo de presiones civilizadas, lo cual constituye una apertura para toda clase de horrores, ahora sí en el sentido moral del término:

El aspecto perturbador de lo salvaje no es su salvajismo, sino un mutismo que rechaza todo sentido. El territorio salvaje «susurra» al hombre, en forma sobre-cogedora, que no tiene nada que decirle. De esto se horroriza Kurtz, del vacío de significado. Por ello, todo es posible en un espacio lleno de manantiales y, sin embargo, vacío. Si el territorio salvaje tiene algo que decir, su mensaje es: ¡haz lo que quieras, no tendrá significación alguna! La tierra salvaje pasará indiferente por encima de eso, tenderá por doquier sus verdes zarpas, como si nada hubiera sucedido. Seguirá proliferando, sin sentido, fértil y temible. (...)

Joseph Conrad confesó después que no podía deshacerse de la sospecha de que «el corazón de las tinieblas» es la contingencia. Y contingencia significa: lo que existe, podría igualmente no existir; su existencia carece de significado.

Pero la contingencia tiene que convertirse en mal para el que busca un sentido vinculante. En todo caso no se trata de un mal moral, aunque éste pueda surgir de él, tal como muestra el ejemplo de Kurtz. Se trata, más bien, del mal en el sentido de una ausencia de buenas razones en el mundo.<sup>30</sup>

Esta última vuelta de tuerca en torno a la figura de Kurtz nos lleva a la primera dimensión del texto que señalamos al principio (la dimensión histórico-política) y, en particular, a la relación entre la violencia colonial y la violencia de los regímenes totalitarios de la primera mitad del siglo XX abordada por Hannah Arendt en *Los orígenes del totalitarismo*. Pues la forma que tiene Arendt de describir la violencia colonial, posibilitada por un entorno al que se considera indiferente y que no impone ningún límite al desenfreno de la crueldad, concuerda con la perspectiva de Le Clézio y Safranski que nos permite captar la peculiaridad del salvajismo civilizado. Aún así, hay que subrayar el distinto matiz que reencontramos con Arendt. Pues mientras que Safranski trata el tema en un tono más existencial -centrando su reflexión en el entorno salvaje natural más que en los nativos-, Arendt pone énfasis en la indiferencia del entorno fundada en la idea de la superioridad racial. De hecho, la propia Arendt emplea el ejemplo de Kurtz para ilustrar este punto. Veamos su descripción del tipo de colonos que se marchaban a África en la época:

Como Mr. Kurtz en *Heart of Darkness* de Conrad, se hallaban «vacíos hasta la médula», eran «temerarios sin valor, codiciosos sin audacia y crueles sin coraje».

29. *Ibid.*, p. 69.

30. Rüdiger SAFRANSKI: *El mal o el drama de la libertad*, Barcelona, Ed. Tusquets, 2010, pp. 189-191.

No creían en nada «ni nada podía inducirles a creer en algo». Expulsados de un mundo con valores sociales aceptados, habían sido entregados a sí mismos y no tenían lugar adonde retroceder, excepto, aquí y allí, una chispa de talento que les hacía tan peligrosos como Kurtz si se les permitía regresar a su patria. Porque el único talento que posiblemente podía alentar en sus almas vacías era el don de la fascinación que podía hacer de uno de ellos «un espléndido jefe de un partido extremo» (...).

...lo que, al fin y al cabo, tardó décadas en lograrse en Europa, por obra del efecto del freno de los valores sociales y éticos, explotó con la rapidez de un cortocircuito en el mundo fantasmal de la aventura colonial.

Al margen de todo freno social y de toda hipocresía, contra el telón de fondo de la vida nativa, el caballero y el delincuente sintieron no sólo la proximidad de hombres que compartían el mismo color de piel, sino el impacto de un mundo de infinitas posibilidades para los delitos cometidos en el espíritu del juego, para la combinación del horror y la risa, es decir, para la completa realización de su propia existencia espectral. La vida nativa prestaba a estos acontecimientos fantasmales una aparente garantía contra todas las consecuencias, porque, de cualquier manera, se les aparecía a estos hombres como un «simple juego de sombras. Un juego de sombras por el que la raza dominante podía pasar sin sentirse afectada ni interesada en la prosecución de sus incomprensibles objetivos y necesidades».<sup>31</sup>

Frente a la opción más obvia de interpretar a Kurtz como un ejemplo más de «nativización», quizás el quid en *El corazón de las tinieblas* y en *Una avanzadilla del progreso* esté, como en la cita de Arendt, en la pérdida de fuerza de las pautas de control propias de la civilización en el contexto colonial, pero no por un mero contagio del salvajismo nativo, sino por la apertura de las posibilidades más crueles de desenfreno que proporciona un entorno al que se considera indiferente, posibilidades que están inscritas en el fondo mismo del ser humano y de la civilización pero que se revelan con toda su fuerza en situaciones límite como ésta.

En *El arte de la novela*, Milan Kundera sostiene que uno de los principales puntos de interés de las novelas contemporáneas --se refiere a partir de principios del siglo XX--, es que muchas de ellas nos hablan de las paradojas de la Edad Moderna. Según Kundera, «Es el momento (al terminar la guerra del 14) en que la pléyade de los grandes novelistas centro-europeos vio, tocó, captó las *paradojas terminales* de la Edad Moderna.»<sup>32</sup> En mi opinión, Kundera está en lo cierto, en ese peculiar género que es la novela aparecen reflejadas muchas de las contradicciones de la Modernidad que se plasmaron en el convulso siglo XX. Ahora bien, también considero que en este aspecto Conrad, mirando al mundo colonial, en cierto sentido se anticipa a esa pléyade de grandes escritores posterior a la Gran Guerra. Recordemos que justamente una de las posibles lecturas de la novela es ver cómo en *El corazón de las tinieblas* entran en crisis algunos de los valores cen-

31. Hanna ARENDT: *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Ed. Alianza, 2006, pp. 291-293.

32. Milan KUNDERA: *El arte de la novela...*, p. 22.

trales de la autocomprensión de las sociedades europeas, valores forjados precisamente en el marco de la Ilustración. El propio Kundera describe del siguiente modo una de las principales de esas paradojas:

...en la Edad Moderna, la razón cartesiana corroía uno tras otro todos los valores heredados de la Edad Media. Pero en el momento de la victoria total de la razón, es lo irracional en estado puro (la fuerza que no quiere sino su querer) lo que se apropiará de la escena del mundo porque ya no habrá un sistema de valores comúnmente admitidos que pueda impedirlo.<sup>33</sup>

Esta reflexión de Kundera constituye una lente que nos permite interpretar a Kurtz (y su transformación) de tal modo que nos habla de las paradojas de la Modernidad. Pues este personaje bien puede ser considerado como representante de esa irrupción de «lo irracional en estado puro», de «la fuerza que no quiere sino su querer» (esa lógica de avaricia ilimitada es justamente a lo que nos remite: del marfil por el marfil, al dominio por el dominio), que se produce tras el descrédito de los valores compartidos en el mundo civilizado, cuando la razón alcanza su propio límite y llega a la conclusión de que no hay barreras que puedan poner freno a sus apetitos. Se entiende bajo esta luz que Ernst Jünger destacara el carácter profético de *El corazón de las tinieblas* y considerara que el relato de Conrad trataba sobre «el pasaje del optimismo civilizador a la total bestialidad». «El héroe de esta novela –observaba Jünger en su *Diario*-- había escuchado evidentemente la música de la obertura de nuestro siglo».<sup>34</sup> Asimismo, se vuelve a poner de manifiesto, a partir de las claves que nos proporciona el considerar a Kurtz como un reflejo de esta paradoja de la Edad Moderna, que el suyo no es un mero caso de «nativización». El salvajismo de Kurtz es un salvajismo civilizado, al que no se puede llegar sin haber experimentado antes esa «victoria total de la razón» y el cuestionamiento de los valores comúnmente admitidos que la misma conlleva.

Así pues, al igual que en la noción de quiebra de civilización que Norbert Elias desarrolló en su obra tardía, en la novela no se trata sólo de una regresión o recaída en la barbarie en tanto que resurgimiento del fondo pulsional del ser humano que, imponiéndose sobre las constricciones civilizadas, hace patente la fragilidad de la civilización, sino de una quiebra o colapso de civilización en el que, a su vez, se ponen de manifiesto tendencias destructivas peculiares de la propia civilización. Si interpretamos la última parte de *Los alemanes*<sup>35</sup> desde esta óptica, para el maduro Elias civilización y barbarie irían de la mano, contrariamente a la interpretación que de este texto de Elias hacen algunos autores.<sup>36</sup> Desde mi punto de vista, por tanto, el concepto de «quiebra de civilización», tal

33. *Ibid.*, pp. 20-21.

34. E. Jünger cit. en Enzo TRAVERSO, *La violencia nazi...*, p. 60.

35. Norbert ELIAS: «El colapso de la civilización», en *Los alemanes*, México, Ed. Instituto Mora, 1999.

36. *Vid.* Enzo TRAVERSO: *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, Valencia, PUV, 2009, pp. 83-84.

y como se plantea en esta obra del sociólogo alemán, no implica que civilización y barbarie son términos antinómicos, sino que más bien se trata de dos aspectos entrelazados, cuyo vínculo se pone especialmente de manifiesto en una quiebra de civilización como el nazismo, la cual en buena medida se explica sobre la base de tendencias y tensiones inherentes a la propia civilización.

Ahora bien, pese a lo iluminador que pueda resultar aplicar a la novela de Conrad el concepto de quiebra o colapso de civilización de Elias, no hay que perder de vista que, precisamente, éste lo desarrolla en el contexto del análisis del nazismo que lleva a cabo en el último capítulo de su obra *Los alemanes*. De hecho, el propio Elias subraya las peculiaridades de esa quiebra de civilización que tuvo lugar durante el III Reich en contraposición con los anteriores colapsos de civilización que, según él, se presentaron en la forma de guerras:

No se trató, de ninguna manera, de la única regresión a la barbarie ocurrida en las sociedades civilizadas del siglo XX; fácilmente podrían enumerarse otras. Sin embargo, entre todas estas regresiones quizá haya sido la más profunda. No existe otro ejemplo que ponga de manifiesto con tal claridad la vulnerabilidad de la civilización, que recuerde tanto los peligros inherentes a los procesos de crecimiento actuales y el hecho de que los procesos de crecimiento y decadencia no sólo van de la mano, sino que estos últimos pueden prevalecer sobre los primeros.<sup>37</sup>

Es cierto, como afirma Elias, que, desde el punto de vista de la historia de las sociedades occidentales, el nazismo ocupa un lugar destacado en tanto que acontecimiento que puso de relieve el carácter destructivo de los procesos de desarrollo peculiares de esas sociedades a las que solíamos englobar bajo la categoría de «civilizadas». No obstante, también es cierto, como ha señalado Eric R. Wolf, que pensar la historia de las sociedades occidentales de puertas para dentro no conduce sino a una simplificación y a un oscurecimiento de la misma que relega al olvido los «encuentros y confrontaciones»<sup>38</sup> con otros espacios a través de los cuales dicha historia se ha conformado. Que duda cabe de que uno de esos espacios es precisamente África, el cual cobró especial relevancia a partir de la época colonial. De hecho, algunas de las singularidades de la quiebra de civilización que representó la violencia nazi ya se anticiparon con el colonialismo, como podemos ver en la novela de Conrad y como han señalado Hannah Arendt y Enzo Traverso. Es más, en mi opinión, lo que aquí dice Elias con respecto al nazismo puede aplicarse a *El corazón de las tinieblas* y al colonialismo. Y resulta especialmente interesante en relación con la peculiaridad del salvajismo civilizado que se da a ver en la novela. Pues, el panorama que se nos ofrece en el relato de Conrad, en primer lugar, a través de la destrucción que la lógica de crecimiento y avance

37. Norber ELIAS: «El colapso de la civilización...», p. 360.

38. Eric R. WOLF: «Conexiones: Introducción», en *Europa y la gente sin historia*, s. l., Ed. FCE, Argentina, 1993, pp. 15-39, esp. p. 20.

de las fuerzas civilizadoras desencadena en las colonias y, en segundo lugar, a través de la figura de Kurtz, con su discurso civilizador que acaba por desembocar en el dominio y la voracidad como fines en sí mismos, nos invita a detener la vista en ese lado oscuro de la civilización.

Soy consciente de que buena parte de las reflexiones de Elias sobre el colapso de la civilización dependen de la peculiaridad del caso nazi. Ahora bien, también es cierto que algunos de los aspectos más generales de dichas reflexiones, sobre todo algunos de aquellos que Elias considera sintomáticos de las tendencias características de las sociedades tradicionalmente autodefinidas como «civilizadas», conectan con la novela de Conrad o al menos nos pueden servir para dar un último tirón a los hilos de reflexión que hasta aquí venimos considerando. En este sentido, me parece relevante la idea general que atraviesa el texto de Elias sobre la quiebra de civilización en tanto que «desaparición... de las coacciones ejercidas por la civilización»<sup>39</sup> a la cual conducen tendencias ínsitas en la propia civilización: los exigentes ideales coactivos civilizados sostenidos con una confianza acrítica acaban por revertir convirtiéndose en su contrario y conduciendo a la irrupción de la fuerza bruta sin cortapisas. De este modo, en el marco del colapso de civilización, Elias entiende la barbarie como una liberación o descarga de impulsos violentos otrora sometidos al dictado de las presiones civilizadas, descarga ocasionada precisamente por el grado excesivo de represión y las contradicciones que encerraban esas mismas presiones. En esta reversión, según Elias, juega un papel fundamental la crisis que desencadena el choque entre los ideales y la realidad. Precisamente una de esas tendencias destructivas de la propia civilización de las que él nos habla tiene que ver con el idealismo acrítico que el sociólogo alemán considera característico de las sociedades occidentales desde el siglo XIX. Sus reflexiones en torno a la ceguera de ese tipo de actitudes idealistas conectan con la reflexión de Marlow al principio de *El corazón de las tinieblas* sobre «el culto a la idea.» Ambos hacen referencia a un idealismo cuasi religioso que induce una ceguera tal que la relación con la complejidad y la dureza de la realidad no actúa de *feedback* y que, además, exige sacrificio, tanto de uno mismo como de los demás:

La conquista de la tierra que por lo general consiste en arrebatársela a quienes tienen una tez de color distinto o narices ligeramente más chatas que las nuestras, no es nada agradable cuando se observa con atención. Lo único que la redime es la idea. Una idea que la respalda: no un pretexto sentimental sino una idea; y una creencia generosa en esa idea, en algo que se puede enarbolar, ante lo que uno puede postrarse y ofrecer sacrificios...<sup>40</sup>

La crisis que se desencadena cuando el choque con la realidad origina el derumbe de estos ideales cegadores nos lleva de vuelta a la figura de Kurtz. Pues,

39. Norbert ELIAS: «El colapso de la civilización...», p. 420.

40. Joseph CONRAD: *Heart of Darkness...*, p. 7.

esa crisis de sentido que reflejaría Kurtz (si lo leemos desde Safranski y Kundera), una crisis que le abocaría a la conclusión de que todo es posible y que, por tanto, puede hacer lo que mejor se le antoje para satisfacer sus apetitos, ¿no tiene que ver en última instancia con el descrédito del idealismo con el que llegó a la colonia, con la pérdida de valor de esos ideales (de civilización, racionalidad y progreso) que otorgaban sentido a sus proyectos y a su propia persona? Unos ideales que, al dejar de sostenerse y mostrar su debilidad ante una realidad que no se ajusta a ellos y los desmiente, dejan paso a una brutalidad sin contemplaciones. Como sostiene Marlow al principio de *El corazón de las tinieblas*, en el pasaje sobre el culto a la idea recién citado, sólo un idealismo acrítico (ciego a las experiencias reales) puede justificar el dominio sin escrúpulos que conlleva la conquista. Ahora bien, ¿qué ocurre cuándo los ideales que redimían el dominio sobre otros y dotaban de sentido la propia existencia se desvanecen al chocar contra una realidad que los desmiente y rebasa de forma abrumadora? Sólo queda el dominio por el dominio, conservar la supremacía afirmando el poder sin restricciones de ningún tipo. De tal modo que, de los ideales civilizados como instrumentos de poder, se pasa a la afirmación de un poder sin más que hace caso omiso de la aplicación real de las restricciones que aquellos ideales imponían.

En relación con su reflexión en torno al idealismo cegador, Elias insiste en que la confianza irreflexiva y acrítica de muchos europeos en la civilización actuó como distorsionadora de la realidad e impidió que se previeran los límites de violencia y crueldad a los que podía llegar la propia civilización. La novela de Conrad precisamente se sitúa en las antípodas de ese «defecto fundamental del entendimiento vigente de la propia civilización».<sup>41</sup> Pues en ella lo que queda al descubierto es justamente la fragilidad de la civilización y el lado oscuro de la misma que sólo hace aparición en las situaciones límite, desmintiéndose así la concepción cuasi naturalista de la civilización a la que hace referencia Elias y también las ideas de progreso y racionalidad que ésta lleva aparejadas.

Así pues, en *El corazón de las tinieblas* la colonización vendría a sumarse a esas «experiencias que ponen en duda el concepto que tenemos de nosotros mismos como sociedades civilizadas»<sup>42</sup> a las que hace referencia Elias. Éste último distingue entre dos caras de dicha autocomprensión, una cara luminosa, por seguir con el juego cromático de la novela, y otra sombría. Según él, a los habitantes de las sociedades occidentales, «Un enorme conjunto de experiencias les transmite la idea de representar el nivel más alto de civilización alcanzado por la humanidad, mientras que otras, entre ellas una interminable serie de guerras, nutren las dudas al respecto.»<sup>43</sup> En la época en la que Conrad escribió *El corazón de las tinieblas*, la primera cara de la autocomprensión de las sociedades europeas se imponía cla-

41. Norbert ELIAS: «El colapso de la civilización...», p. 367.

42. *Ibid.*, p. 353.

43. *Ibid.*, pp. 354-355.

ramente sobre la segunda (la que dan a ver las quiebras de civilización), de ahí, que en ese contexto, todavía tuviese más mérito poner el acento en el lado oscuro de la civilización y, además, hacerlo mirando más allá de las fronteras europeas.

Nos hemos detenido, tanto en el ensayo de Elias como en la novela de Conrad, en la crítica a la civilización. Ahora bien, me gustaría terminar considerando el horizonte que tal gesto crítico abre.

Al reflexionar sobre el colapso de civilización que representó el nazismo, Elias parece apuntar a la conciencia de la fragilidad de la civilización y de las tendencias autodestructivas que la amenazan como forma de estimular nuestros esfuerzos por preservarla. Como hemos señalado, el sociólogo alemán afirma que uno de los principales motivos de que una sociedad civilizada no fuera capaz de prever los límites de destrucción y violencia inscritos en su desarrollo fue su concepción excesivamente ingenua de la propia civilización. Por ello defiende que la posibilidad de evitar episodios semejantes pasa por un cambio en dicha concepción, de tal modo que la fe acrítica en la civilización deje paso a una comprensión de la misma «como un fenómeno que requiere de un esfuerzo permanente para su conservación o mejora, basado en cierto conocimiento de sus mecanismos funcionales.»<sup>44</sup> De ahí la importancia de «analizar las condiciones propias de las civilizaciones del siglo XX, las condiciones *sociales*, que favorecieron este tipo de atrocidades y que pueden favorecerlas de nuevo en el futuro.»<sup>45</sup>

En la novela de Conrad, en cambio, Marlow nos lega una visión más pesimista, en la que destaca la imposibilidad de que la gente que habita las metrópolis civilizadas sea consciente de los peligros que les amenazan. Al menos eso es a lo que apunta la descripción del protagonista cuando regresa a Europa después de su viaje al corazón de las tinieblas:

Me encontré una vez más en la ciudad sepulcral, sin poder tolerar la contemplación de la gente que se apresuraba por las calles para extraer unos de otros un poco de dinero, para devorar su infame comida, para tragar su cerveza malsana, para soñar sus sueños insignificantes y torpes. Eran una infracción a mis pensamientos. Eran intrusos cuyo conocimiento de la vida constituía para mí una pretensión irritante, porque estaba seguro de que no era posible que supieran las cosas que yo sabía. Su comportamiento, que era sencillamente el comportamiento de los individuos comunes que iban a sus negocios con la afirmación de una seguridad perfecta, me resultaba tan ofensivo como las ultrajantes ostentaciones de insensatez ante un peligro que no se logra comprender. No sentía ningún deseo de demostrárselo, pero tenía a veces dificultades para contenerme y no reírme en sus caras, tan llenas de estúpida importancia.<sup>46</sup>

44. *Ibid.*, p. 367.

45. *Ibid.*, p. 356.

46. J. CONRAD: *Heart of Darkness...*, pp. 70-71.

Sin embargo, pese al tono desesperanzado de Marlow, en cierto sentido su perspectiva está más cerca de la de Elias de lo que podríamos pensar. Tanto las palabras de Marlow como las reflexiones de Elias nos remiten a una comprensión que sólo se alcanza a través de experiencias desgarradoras que trastocan nuestras seguridades previas. Y no sólo eso, sino que, además, en ambos casos es manifiesto que tal comprensión se produce a posteriori, cuando ya ha pasado el momento en que hubiera sido posible intervenir para cambiar el curso de los acontecimientos.<sup>47</sup> Ahora bien, al igual que en Elias es importante una comprensión de estas experiencias pasadas que pueda ser transformadora en el presente, en Marlow, sí existe alguna esperanza, o al menos una alternativa a la resignación del pesimismo. Esa esperanza tiene que ver con el intento de comunicar a otros lo vivido; de ahí los juegos conradianos de una narración dentro de otra en los que se subraya el hecho mismo de la narración (en su novela, un narrador anónimo da paso al personaje de Marlow que a su vez narra la historia de Kurtz a sus compañeros en la cubierta de la *Nellie*). Un intento en el que la comprensión de los que nos escuchan no puede darse por garantizada pero que abre la posibilidad de que, a la vez que dotamos de sentido nuestras propias experiencias a través de la narración, los otros puedan verse afectados por la misma y vean las cosas de forma distinta.

47. Vid. Edward W. SAID: *Joseph Conrad and the Fiction of Autobiography*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1966.

.....  
LUCÍA MARTÍ MENGUAL fue becaria de investigación del Departamento de Metafísica y Teoría del Conocimiento de la Universitat de València. En la actualidad es profesora de Filosofía del IES José Conde García, Almansa (Albacete).